

ANTONIO GÓMEZ RAMOS Y MANUEL OROZCO PÉREZ
Universidad Carlos III de Madrid

Introducción

LA HISTORIOGRAFÍA Y LA TEORÍA DE LA HISTORIA no han sido ajenas al “giro emocional” que han efectuado las ciencias humanas y sociales a lo largo de los últimos años; tampoco, desde luego, la historia social y política. En la historia conceptual, sin embargo, este giro se ha hecho menos manifiesto, a pesar de que la *Begriffsgeschichte* ha ido creciendo en importancia como un espacio en el que se cruzan la reflexión filosófica sobre la historia, la filosofía política y el análisis del lenguaje socio-político: ámbitos todos estos en los que lo emocional se ha hecho presente de manera muy intensa. Sin duda, la historia de las emociones se ha concebido también, en parte, como *Begriffsgeschichte* del concepto que cada emoción es; y ambas prácticas, historia de las emociones e historia de los conceptos, han corrido en paralelo. Pero la dimensión emocional de la propia historia conceptual, como práctica y como teoría, ha permanecido implícita. Las contribuciones de este número monográfico vienen a hacerlo explícito. Todos los textos han superado el proceso de evaluación doble ciega por iguales expertos en la materia. Agradecemos el trabajo desinteresado de los evaluadores, cuyos comentarios y sugerencias han sido muy valiosos.

En el origen del número se encuentra el *Workshop Emociones en la historia conceptual. La historia como emoción*, celebrado en la Universidad Carlos III de Madrid, los días 14 y 15 de junio de 2021, organizado por los dos editores de este número. El encuentro formó parte de las actividades del proyecto de investigación “Sujetos, emociones y estructuras: Para un proyecto de teoría social crítica” (FFI2016-75073-R). En esta ocasión, esta actividad fue en colaboración con el proyecto “Historia conceptual y crítica de la modernidad” (FFI 2017-82195), dirigido por Faustino Oncina. Las circunstancias de la pandemia obligaron a hacer el encuentro on-line. Aunque se perdiera con ello la emotividad del encuentro físico que también alienta las reuniones científicas, se pudo mantener el carácter internacional del seminario y la intensidad de las discusiones. Los textos de este número se han elaborado a partir

de las ponencias presentadas en esa ocasión; en la que además intervinieron Faustino Oncina, desde la Universidad de Valencia (*¿Qué significa historia de la sensibilidad política en la historia conceptual de Reinhart Koselleck?*), Dolores Moruno, de la Universidad de Ginebra (*Beyond Compassion: Gender and Humanitarian Action*) y Barbara Picht, del Leibniz-Zentrum für Literatur und Kulturforschung, en Berlín (*Angst. Wie schreibt man ihre Geschichte?*). A pesar de la ausencia de estos textos en este número; no dejan por ello de estar muy presentes, como lo estuvieron en las discusiones del seminario.

No es que la historia conceptual, según se ha desarrollado a partir de Reinhart Koselleck, haya sido ajena a la importancia de las emociones. En sus trabajos metodológicos, Koselleck indica la importancia de los términos acabados en -ismo, términos vacíos de contenido en el momento de su acuñación pero que con el transcurrir de las luchas políticas se han ido saturando de experiencias en tanto en cuanto se convierten en conceptos de movimiento que inducen a la acción; ahora sí estarían en condiciones de realizar su programa. En este sentido, en tanto que las emociones están cargadas de elementos arraigados en la cultura y la sociedad que en buena medida se encuentran incorporados como elementos irreflexivos de la propia acción, los -ismos y tantos otros conceptos de los *Geschichtliche Grundbegriffe* estaban saturados de emociones. Sin embargo, a pesar de estas vetas emocionales, la historia conceptual contemplada no solo como método de análisis, sino también como teoría de la modernidad sigue teniendo el reto de explicar la modernidad y su advenimiento en clave de conceptos emocionales y emociones conceptuales. Koselleck hablaba de conceptos saturados de experiencias. Hoy día podría hablarse también de experiencias saturadas de emociones y de lenguaje emocional. El análisis de esas experiencias y ese lenguaje arraigados en la modernidad es uno de los grandes desafíos que aquí se plantea.

Aunque Tácito estableciera el imperativo de escribir la historia *sine ira et studio*, el concepto mismo de historia usa en medio pasiones que mueven tanto al historiador amante de su oficio como al agente sociopolítico que recurre a la historia. No solo están los conceptos sociopolíticos cargados emocionalmente, sino que la palabra historia, a la vez que concepto, despierta un sentimiento —un sentido histórico que, cuando menos, forma parte de la conciencia histórica— y apela a las emociones de los hablantes, como bien sabemos por las disputas contemporáneas en torno a la memoria histórica.

El número se abre con un ensayo de Ernst Müller, *El descubrimiento del valor emocional en la historia conceptual*, que rastrea, desde el punto de vista histórico y metodológico, el lugar que han ocupado, así como el que han dejado, las emociones en los trabajos de historia conceptual. En realidad, su punto de mira no es el concepto de emoción y su historia, sino que se centra más bien

en la función semántica del concepto de valor emocional. Es de este concepto sobre el que nos encontramos un trabajo de semántica histórica. Respecto a la vertiente metodológica, esta investigación no se limita a la historia de los conceptos de Koselleck, sino que pergeña trabajos léxicos anteriores mostrando en su recorrido diversos desplazamientos semánticos. A lo largo de estos recorridos se deja traslucir la carga emocional de carácter político que poseen los conceptos y cómo dicha carga va tomando forma y se va transformando en los discursos de diferentes sistemas políticos, tanto en su ascenso como en su decadencia. Müller no pasa por alto que la problemática del valor emocional, los sentimientos o los afectos no ha encontrado su espacio en la historia conceptual koselleckiana, circunstancia para la cual presenta sus propios argumentos.

El ensayo *Una historia emocionante*, de Antonio Gómez Ramos, explora esa dimensión emocional del concepto mismo de historia, que siempre había estado implícita, pero que se hace tanto más llamativa por la coincidencia temporal que se ha dado entre el giro emocional y la crisis del concepto moderno de historia, tal como Koselleck lo había delimitado. El llamado presente extendido o lento, donde se ha deshecho la articulación moderna de pasado, presente y futuro desde la que se comprendía la historia, coincide con el ascenso de las emociones tanto en lo pragmático como en lo cognitivo. Todo ello da ocasión para explorar las diferentes emociones que van ligadas a la práctica del historiador y al uso mismo del concepto de historia. Emociones o sentimientos que se asocian tanto a lo sublime como al duelo, y que se despliegan y funcionan en el marco de comunidades emocionales de carácter sociopolítico, sobre las que se elabora culturalmente la temporalidad colectiva.

Los historiadores pueden preferir pensar, como Tácito, que la historia se estudia sin pasiones; pero los filósofos sí pueden llegar a afirmar que las emociones con las que se aborde lo histórico definen, no solo el modo de concebir la historicidad y la posibilidad de historizar, sino toda una ontología moral ligada a ello. Así es el caso de Nietzsche, en la novedosa interpretación que propone el historiador y ensayista Henning Trüper en su *Embarkation für Abdera. Historization in Nietzsche's second Untimely Meditation*. La segunda intempestiva nietzscheana puede ser entendida como una reacción a la noción kantiana de historia, su perspectiva de progreso —a la larga tedioso—, y por lo tanto, su escasa capacidad para historizar los hechos. La reivindicación de la vida por Nietzsche es una apuesta en contra de las continuidades históricas y a favor de una historicidad abderitista como la rechazada por Kant, pero libre de teleologías y ligada con la vida.

Abriendo una trilogía de ensayos preocupados por la memoria histórica y la elaboración del pasado, el artículo *La reconfiguración de la relación entre trauma y víctima y sus injerencias en la historia*, de Ana Meléndez, analiza la re-

configuración de la relación entre trauma y víctima estableciendo una diferenciación en tres grandes momentos históricos contemporáneos. El primero de ellos lo sitúa a mediados del siglo XIX con la aparición de los primeros modelos de interpretación del trauma en relación con la irrupción de desastres asociados al ferrocarril como acontecimiento histórico de la Europa decimonónica y la publicación de los escritos de Freud sobre la histeria y sus síntomas. El segundo gran momento tiene lugar durante y tras la finalización de la Primera Guerra Mundial. Esta contienda provocó un aumento exponencial de enfermedades nerviosas cuya etiología permite establecer paralelismos con el fenómeno de la histeria estudiado por Freud. El tercer gran momento histórico contemporáneo que representa un giro en la reconfiguración de la relación entre trauma y víctima se enmarca en los años ochenta del pasado siglo XX, década en la que se produce una apertura para explorar el impacto psicológico, el trauma, que los campos de concentración de la Segunda Guerra Mundial tuvieron sobre sus supervivientes. De este modo se muestra cómo el trauma pasa del ámbito de la psicología individual a ser un fenómeno social que induce a la movilización política a la hora de reclamar derechos de compensación y de reparación de las víctimas.

En el ensayo de Manuel Orozco, *Sobre el solipsismo y la transmisión del recuerdo en la experiencia de la historia*, se ofrece una reflexión que se inscribe en los debates actuales sobre la experiencia de la temporalidad histórica y la relación entre ciencia histórica, memoria colectiva y recuerdo, todo ello en el marco de la historia conceptual koselleckiana. En este sentido, el trabajo se detiene particularmente en una serie de aporías que surgen en torno a la primacía del testigo y al modo en que las sociedades actuales se relacionan con el pasado y el futuro. A lo largo del artículo se aborda una serie de problemas nucleares para la teoría de la historia, como la transmisibilidad de los recuerdos acompañados de emociones y su dimensión político-social (especialmente aquellos recuerdos que están vinculados a experiencias traumáticas), el nexo entre experiencias primarias y secundarias sobre la base de su comunicabilidad, así como el difícil lugar de la ciencia histórica respecto de los usos del pasado y la construcción de una memoria colectiva. Son precisamente las cuestiones sobre el pasado y la memoria colectiva las que a lo largo del artículo van conduciendo hacia el futuro, cuya problemática cierra el ensayo.

La noción misma de trauma, por ejemplo, ha dado lugar a una de las reacciones emocionales más frecuentes frente a los episodios de violencia histórica. Pero su paso a primer plano de la conciencia y de la percepción históricas —justo en paralelo al “giro emocional”— no ha estado libre de objeciones. El artículo de Miguel Alirangues, *Is it Time to Give Up the Concept of Collective Trauma? On the Need for New (Old) Lexicons to Frame Social Suffering*, se pro-

pone analizar y discutir su potencialidad para el conocimiento, a la vez que su susceptibilidad para ser usada ideológicamente. Demasiado usada y demasiado borrosa, en la pragmática de la noción de trauma se ha transitado con demasiada facilidad de lo colectivo a lo individual, de lo psíquico a lo social y cultural sin que se hayan hecho siempre los análisis debidos. Revisando las tensiones y debates más recientes, y buceando en la teoría crítica original, particularmente en Adorno, Alirangues propone atender en primer plano al sufrimiento humano, al daño y a las experiencias de negatividad que conlleva, a los modos de nombrarlas, evitando los abusos del concepto de trauma.

El eje temático de los dos ensayos que cierran el número gira en torno al miedo como emoción política. El primero de estos ensayos es el de Falko Schmieder, *El concepto de supervivencia como instrumento para la política del miedo*, donde rastrea la semántica histórica del concepto de supervivencia teniendo en cuenta su posible función en una historia conceptual de las emociones. A la luz de dicho concepto podría escribirse la historia de la modernidad en tanto que generalización paulatina, pero firme, de situaciones de peligro que van asociadas a duros choques emocionales por apuntar directamente a la dicotomía entre la vida y la muerte. Además de semántica histórica, esta contribución muestra también rasgos metodológicos de la historia de los discursos; de un modo específico, aborda los discursos sobre la guerra nuclear y la ecología analizando el desplazamiento del concepto de supervivencia de un discurso a otro. Sobre la base de estos ejes metodológicos se ponen de manifiesto las paradojas para la acción política a las que puede conducir la fuerte emocionalización de los discursos y la carga emocional de los conceptos. Y es que la comunicación del miedo, bien nuclear bien ecológico, amén de haber suministrado al imaginario tanto individual como colectivo innumerables imágenes de catástrofes, no ha dejado de empobrecer la imaginación y la crítica social. De ahí que Schmieder vaticine que el concepto de supervivencia seguirá siendo un concepto de lucha en el ámbito político-social por cuya apropiación semántica se va a combatir durante largo tiempo.

Finalmente, en continuidad con los análisis de Schmieder, *Prosperity and Paranoia: Engineering Atomic Fear with Cold War Images* de Sibley Labandeira estudia cómo el miedo a la guerra nuclear fue a la vez una construcción y un objeto de manipulación política durante la Guerra Fría. Lo fílmico, fuente de imágenes históricas a la vez que sede de procesos emocionales muy intensos durante el siglo xx, se convierte también en herramienta de intervención política y de definición de lo histórico. El texto estudia el caso de la Guerra Fría en su periodo álgido, en los Estados Unidos de los años cincuenta. Analiza una selección de producciones audiovisuales efímeras que informaban sobre lo que cualquier ciudadano de a pie supuestamente necesitaba saber en esta

nueva era atómica, y un audaz anuncio de televisión, que tendría un enorme impacto tanto en campañas comerciales como políticas posteriores. El objetivo era transformar el justificado miedo al apocalipsis nuclear en una emoción manejable y familiar. El amplio uso de la imagen y sus efectos emocionales iba ligado a la irrupción de los aparatos de televisión en los hogares, la migración hacia los suburbios y el consumo masivo de bienes. El resultado es un discurso visual enormemente paradójico donde la paranoia inducida por la amenaza de un ataque nuclear parece estar íntimamente ligada a nociones de prosperidad económica y modelos de virtud cívica.